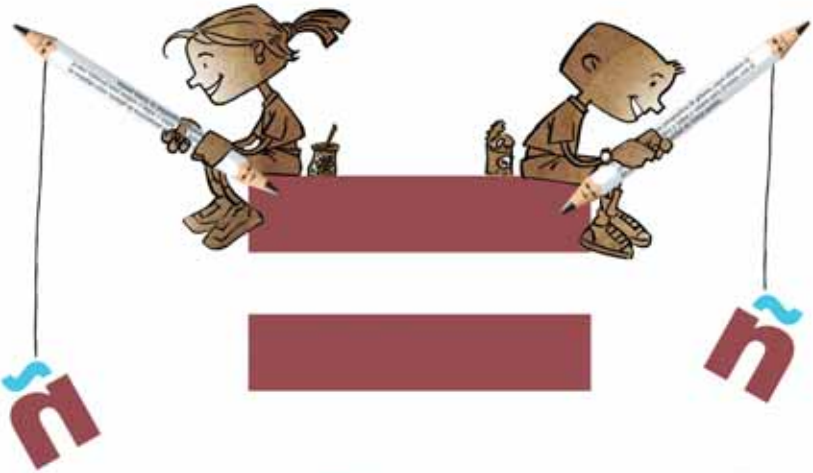
CUENTOS CON EL MISMO PAPEL

El espacio asideigual . Azucena Escalona
Anka y el didyeridú . Antonio de Benito
Tres princesas reinventadas . Ester Lorente



Ayuntamiento de Logroño
Concejalía de Igualdad
Concejalía de Derechos Sociales

Cuentos con el mismo papel

Ayuntamiento de Logroño
Concejalía de Igualdad
Concejalía de Derechos Sociales

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

Cuentos con el mismo papel

© De los textos: Azucena Escalona, Antonio de Benito y Ester Lorente
© De la edición: Ayuntamiento de Logroño
© Diseño e ilustraciones: Manuel Romero

Dep. Leg.: SO-92/2009

Maqueta e Imprime: Arteprint, S.L.

Prólogo

Leer, soñar; comprender, pensar; sentir, imaginar.

Los cuentos nos hacen soñar. Se dirigen a nuestra imaginación, a la fantasía, al afecto. También provocan nuestra sonrisa. Son a la vez fruto de la recreación de una realidad distinta, tamizada por la dulzura, por la magia y que tienen la versatilidad de acercarnos al mundo que llena nuestros sueños. Leer cuentos, escuchar cuentos, hablar de los cuentos es y será siempre una forma lúdica de reflexión y aprendizaje sobre las cosas sencillas, pero a la vez trascendentes. Los personajes, los lugares, los ambientes empapan nuestra mente. ¿Te sucedió a ti alguna vez?

Con esta recopilación de cuentos queremos contribuir a que eso suceda. Tengas la edad que tengas, encontrarás en esta publicación un pequeño escondite para tus pensamientos, para tus reflexiones y sentimientos. Sentirás que tus emociones son compartidas y tus sentimientos se hacen realidad.

Lee, oye, escucha, habla, ríe y sueña; atrévete a pensar que otro mundo es posible. Bucea en éste que te ofrecemos en el que la igualdad entre las

personas es real, en el que la tolerancia y el respeto dominan el mundo, en el que las oportunidades son las mismas para todos los seres humanos.

Si al finalizar tu lectura has logrado encontrar ese hueco de fantasía contenido en los cuentos, has comprendido que la igualdad es un sueño cada vez más cercano del que querrás formar parte. Si es así, habremos conseguido trasmitir aquello que deseábamos. . .

. . .QUE LA IGUALDAD ENTRE LAS PERSONAS ES UN SUEÑO DESEADO Y COMPARTIDO Y QUE JUNTOS HAREMOS REALIDAD.

Esta publicación es una recopilación de los relatos ganadores del I Certamen Nacional de Literatura "Con el mismo papel" organizado por la Concejalía de Igualdad y la Concejalía de Derechos Sociales del Ayuntamiento de Logroño.

Tomás Santos Munilla
ALCALDE DE LOGROÑO

Concepción Arribas Llorente
CONCEJALA DE IGUALDAD

El espacio asideiqual

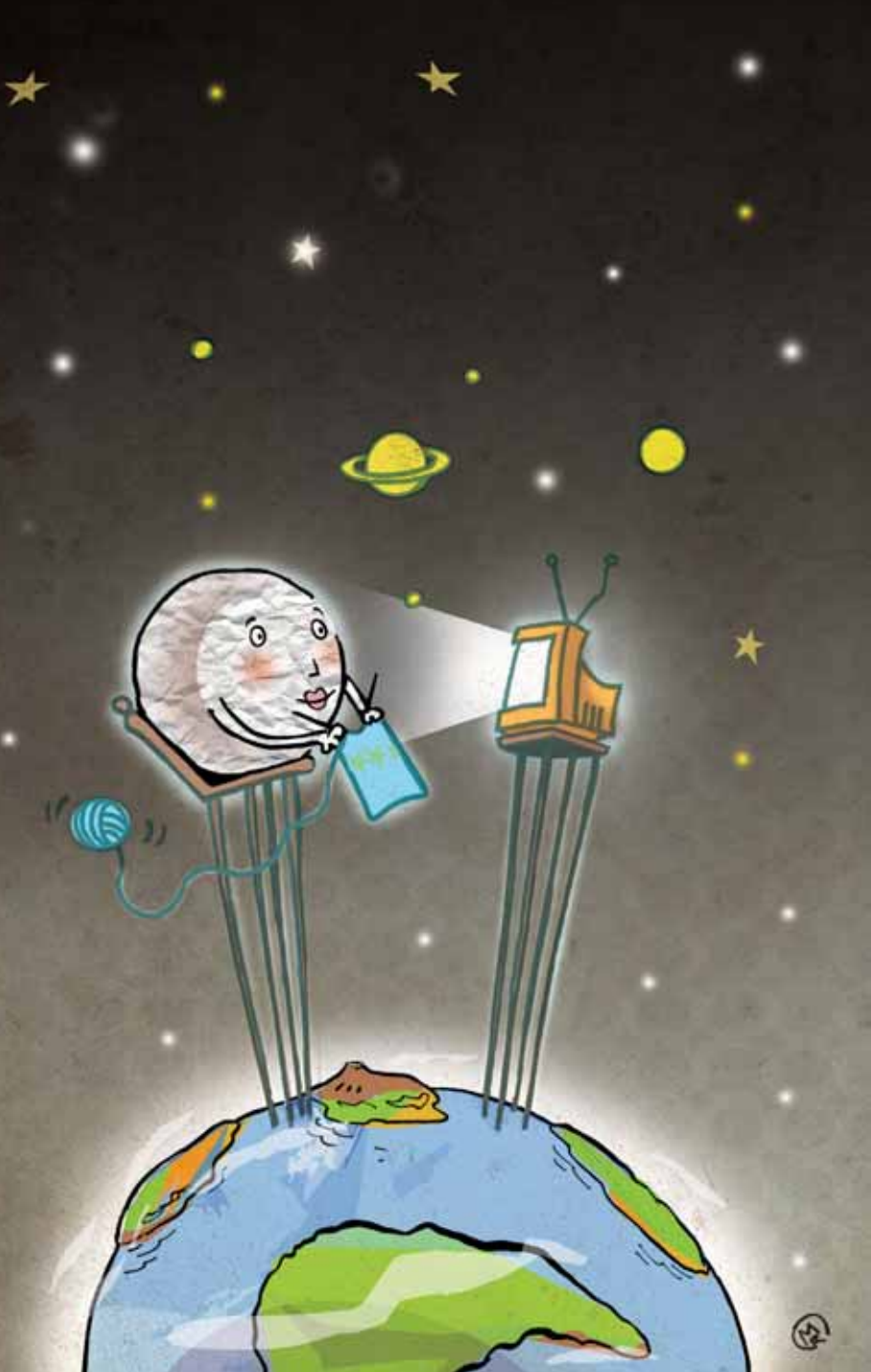
Azucena Escalona

El espacio asideigual

En el barrio de Lunaespaña, en lo alto de una montaña, vive la señora Luna en su tienda de campaña y esta noche como es luna nueva, de allí a la señora Luna no hay quien la mueva, bien sentadita en su butaca nueva va tejiendo de muy buena gana una preciosa manta de lana, mientras sin perder la atención sigue el programa de televisión.

Galactodiario es el programa más entretenido de Espaciovisión y esta noche Tolomeo Astrolabio, el presentador, aparece sonriente ante el televisor vistiendo un traje de Dalmacio Prior.

- ¡Buenas noches, mi querida audiencia! -saluda. ¿Cómo ha ido el día



hoy, he sido muy feliz o he tenido arrugada la nariz? Ya sabes que si nos lo quieres contar sólo tienes que llamar y contigo empezaremos a charlar.

- Piticlín, piticlín, –empieza el teléfono a sonar.

- ¡Hola!, aquí Tolomeo Astrolabio, presentador de Galactodiario, ¿con quién tengo el placer de hablar?

- ¡Hola!, soy Orión, el de la constelación.

- ¡Hola Orión! –saluda Tolomeo Astrolabio–, cuéntanos… ¿Cómo ha ido tu día hoy, has sido muy feliz o has tenido arrugada la nariz?

- Pues, mira yo… he tenido arrugada la nariz porque estoy cansado de ser el mejor cazador del espacio, a mí me gustaría ir más despacio y olvidarme de Artemisa, que siempre está metiéndome prisa para atrapar al Centauro. Yo lo que quiero

es regalarle mis flechas a Sagitario, montarme en el carro de La Osa Mayor y volar hasta la Tierra montado en Pegaso para ver el Sol ponerse al ocaso.

- Mi querido Orión –continúa Tolomeo Astrolabio–, creo que tienes mucha razón, deberías olvidarte de

Artemisa y seguir a toda prisa el rumbo de tu corazón, sólo así podrás llegar feliz a tu destino.

- Piticlín, piticlín –sigue el teléfono parlanchín.

- ¡Hola!, aquí Tolomeo Astrolabio, presentador de Galactodiario, ¿con quién tengo el placer de hablar?

- ¡Hola!, soy Venus, el planeta más hermoso de todo el sistema solar.

- ¡Hola Venus! –responde Tolomeo Astrolabio–, ¿cómo ha ido tu día hoy, has sido muy feliz o has tenido arrugada la nariz?

- Pues sí, mi preciosa nariz está bastante arrugada, y es porque estoy como

una tonta enamorada de un planeta taciturno llamado Saturno, y mientras otros planetas hacen fila rogando de mis ojos una mirada, yo aquí, como una tonta espero mi turno para ser desposada con el anillo de Saturno.

- Querida Venus –continúa Tolomeo Astrolabio–, sin duda eres muy afortunada por haber sido con la belleza obsequiada, pero no pierdas la compostura y muestra tu verdadera hermosura, piensa por un momento que todos en nuestro interior tenemos algún talento.

De pronto, la señora Luna deja de tricotar, coge su teléfono y comienza a marcar…

- Piticlín, piticlín -sigue el teléfono jadeante.

- ¡Hola!, aquí Tolomeo Astrolabio, presentador de Galactodiario, ¿con quién tengo el placer de hablar?

La señora Luna está un poco nerviosa y responde titubeante:

- ¡Hola!, yo soy el astro de la noche… yo soy la Luna.

- ¡Hola, señora Luna! –saluda Tolomeo Astrolabio–, ¿cómo ha ido tu día hoy, has sido muy feliz o has tenido arrugada la nariz?

- Pues, yo… tengo un poco arrugada la nariz, pero sólo un poco -insiste la señora Luna bastante turbada. Yo soy muy feliz en la noche, pero me encantaría, aunque sólo fuese por un día, cambiarle el puesto al

Sol y ver amanecer un nuevo día, escuchar a los pájaros cantar con alegría, ver cómo se abren las flores y disfrutar de sus colores, acompañar a los niños a la escuela, verlos jugar en el recreo, oír tocar las campanas, asomarme por las ventanas y aspirar el aroma de la comida recién servida y, después de una tarde de lluvia, ver salir de entre las nubes airoso y reconfortante al jovial Arco Iris.

- Mi querida Luna –dice Tolomeo Astrolabio–, qué idea tan optimista ver la realidad desde otro punto de vista, ser receptiva y ver el mundo desde otra perspectiva. Pero, dinos, ¿cómo lo harías? Tú sola no podrías, para brillar necesitas la luz solar.

- Bueno, eso es verdad pero, también tengo a mis amigas las estrellas, ellas brillan como centellas y me podrían iluminar –contesta animada la señora Luna.

- Mi querida Luna, me parece una idea fantástica, espero que pronto consigas hacerla realidad y que nos vuelvas a llamar para todos juntos poderlo celebrar.

La señora Luna cuelga el auricular y muy satisfecha vuelve a tricotar.

- Piticlín, piticlín –vuelve el teléfono a sonar.

- ¡Hola!, aquí Tolomeo Astrolabio, presentador de Galactodiario, ¿con quién tengo el placer de hablar?

- ¡Hola!, yo soy el Sol –contesta una potente voz.

- ¡Hola señor Sol! –saluda Tolomeo Astrolabio–, ¿cómo ha ido tu día hoy, has sido muy feliz o has tenido arrugada la nariz?

- Bueno, yo en realidad soy muy feliz y afortunado aunque, darle la luz al día para que todos vivan en armonía supone tener mucha energía, por eso la idea de la señora Luna me parece muy oportuna, poder descansar un día no me vendría mal y un paseo por la noche me sentaría fenomenal.

- Pero, ¿cómo lo harás, para estar despierto y no brillar? –pregunta intrigado Tolomeo Astrolabio.

- Les diré a las nubes negras de la noche que formen un círculo a mi alrededor y que tapen mi resplandor –responde decidido el Sol.

- Realmente me parece una idea admirable –continúa Tolomeo Astrolabio–, saber que no soy indispensable, que todos tenemos habilidades para hacer un montón de actividades y que si contamos con los demás, nuestras cualidades, no sólo se verán sino que brillarán y nos mostrarán el camino hacia la felicidad.

Así que mi querido Sol –continúa Tolomeo Astrolabio–, creo que tienes que hablar con la Luna urgentemente y mostrarnos a todos un espacio diferente.

Al día siguiente amaneció de forma especial, la Luna y sus doncellas, las estrellas, se habían puesto a trabajar y del cielo venía una luz singular.

Los primeros en darse cuenta fueron los pájaros que comenzaron a cantar con alegría, después se abrieron las flores mostrando sus diferentes colores, los niños que iban a la escuela miraban sonrientes hacia el cielo y en el recreo cantaron canciones muy bellas para la Luna y las estrellas. Al atardecer, comenzó a llover, una lluvia sutil y repentina que hizo a los árboles crecer. Poco a poco fue despejando y de pronto la luz de las estrellas se reflejó sobre las gotas de lluvia y un Arco Iris muy especial alegró el cielo.

La Luna se sintió feliz y sonrió con ganas, mientras comenzaban a sonar las campanas anunciando su despedida.

Llegó la noche y le tocó al Sol actuar. Camuflado entre sus nubes soldado comenzó a admirar maravillado el firmamento.

En lo más alto brillaba la Estrella Polar iluminando a dos grandes Osas, una Mayor y otra Menor, cerca de ellas un gran Dragón le rugía a Casiopea y a lo lejos se veía el brillo insistente de Venus atrapada en el anillo de Saturno. También vio el Sol correr a Artemisa llamando a Orión, que pasó montado en Pegaso sin hacerle el menor caso.

El Sol sonreía entusiasmado, nunca se hubiera imaginado que en la noche hubiera tanta actividad, para él la noche significaba serenidad.

Y poco a poco fue pasando el tiempo y las nubes soldado se hicieron a un lado y el Sol se levantó sonriente mostrando un nuevo amanecer.

Mientras, en el barrio de Lunaespaña, en lo alto de una montaña, duerme la señora Luna en su tienda de campaña.

Anka y el Didyeridú

Antonio de Benito

Anka y el Didyeridú

Creo que me he quedado dormida en mitad de clase de lengua. Y eso que son las nueve y media de la mañana. Quizá haya sido una cabezadita de nada porque don Matías ni se ha enterado. Me ha dado tiempo a soñar con una familia que no cambiara de ciudad cada dos años, o menos. En mis nueve años de existencia he vivido en tres continentes, cuatro países diferentes y creo que en siete ciudades. Os podéis imaginar que mi vida es una maleta, pero una maleta vacía. Cada vez que hago amigos, mi madre decide que debemos cambiar de país: mi madre es antropóloga, una especie de científica del comportamiento de las personas en las diferentes culturas.

Lo del sueño debe ser consecuencia del llamado "jet lag", que me dura desde hace dos semanas, al abandonar Australia. Sí, has leído bien, en Australia estudié cuarto de primaria y ahora empieza quinto de una manera inesperada para mí. Soy bastante abierta, una chica que hace amigos fácilmente, bueno, amigos con minúsculas porque me duran meses. Pero estas dos semanas se están convirtiendo en una auténtica pesadilla. Desde que pisé mi nuevo colegio. Mejor dicho, desde que por un maldito traspié pisé a Richi. Hubiese preferido pisar al señor Chof, como llaman al conserje, o a mi tutor, don Matías. Mi profe me disculparía si le ofreciera la mejor de mis sonrisas y me acariciaría la cabellera diciéndome "no tiene

importancia, pequeña Anka". Incluso hubiera sido mejor pisar a la directora del colegio, que es una auténtica directora de colegio, parca

en palabras y en gestos. Una señora muy seria.

Pero pisé a Richi, el peleón de la clase, que además es el cabecilla del grupo. “Niña, la has cagado”. Es lo único que me dijo. Y desde entonces, entre que soy nueva, Richi que intenta sacarme de mis casillas constantemente, que me acaban de poner gafas porque soy algo miope... el caso es que estoy fatal. En los colegios anteriores he formado parte del coro, del equipo de hockey, del grupo de teatro, incluso en Australia formé parte del grupo de danzas local... pero ahora siento que estoy en el equipo de los marginados, esos que llaman raritos del cole. En el patio hablo con pocos chicos o chicas, no me dejan

ponerme de portera de fútbol, que es mi verdadera especialidad, porque precisamente Richi es portero y manda más que Casillas en el Real Madrid.

Anoche lloré, no lo hacía desde la muerte de Hamilton, mi hámster, cuando viví en Londres. Lloré desconsoladamente, empapé dos hojas del libro que tengo que leer este trimestre. Si esto continúa así, he pensado ponerme enferma. Como última solución he decidido llevarme a clase mi didyeridú, que es un instrumento australiano enorme, una flauta típica de aquel país, que mide más de dos metros. Por eso, mi padre me ha traído al colegio un cuarto de hora antes, me ha acompañado al despacho de la directora para dejar

allí el didyeridú y darle una sorpresa a don Matías y a todos mis compañeros. Creo que mi padre sabe que estoy triste.

Y ahora son casi las diez de la mañana y me arrepiento horrores de haber traído el digderidoo –que también sé escribirlo así–. Igual ni digo nada y a la salida me lo llevo a casa, como si se me hubiera olvidado.

Pero cuando todos estos pensamientos me agotaban, don Matías dio dos palmadas y dijo que nos fuéra-

mos preparando para bajar a la sala de profesores, que nos iban a poner una vacuna. El alboroto era enorme, el profe tuvo que dar más de diez palmadas y al menos cuatro voces para intentar calmarnos. Bajamos las escaleras mirándonos unos a otros, nos cogíamos del brazo, nos íbamos remangando las camisas nerviosamente. Pensé que aquel era el único momento en el que unos y otras pensábamos lo mismo: desaparecer. Los raritos de la clase y los no raritos, los listos y los torpes, los repetidores, los que se iban de vacaciones al Caribe y los que se iban al pueblo de al lado... A todos, chicas y chicos, nos sudaban las manos más que en un control final. Como nos colocaron por orden alfabético, Richi iba delante de mí. Parecía

haberme dado una tregua durante la bajada y los diez o quince minutos que tuvimos que esperar en el pasillo. Ni me enseñó los dientes, ni me puso caras raras, ni siquiera me escupió en los zapatos. Creo que las manos le sudaban tanto como a mí. Fueron entrando y saliendo los compañeros: Rubén, que tiene síndrome de Down, salió haciéndose el forzudo; Mónica, que le faltan los cuatro dientes centrales, sacó la lengua por el hueco; Daniella salió con la misma sonrisa que entró y Daniel cambió la sonrisa por exagerados gestos de dolor.

"Siguiente, Anka". Es la primera vez que entro a una sala de profesores; esperaba ver exámenes por la mesa, ordenadores y mapas, y, sobre todo,

profesores, pero lo único que soy capaz de ver es una gran bata blanca esperándome y ofreciéndome la temible jeringuilla. Richi pasó por mi lado. Al llegar a mí, me enseñó débilmente los dientes... ¡y se desplomó! Por un instante pienso que quiere escupirme en los zapatos desde el suelo, pero no, Richi está más blanco que la bata del doctor. "No pasa nada, chaval", escucho. Y lo sacan de la sala. Con la impresión de ver al gran Richi a mis pies, ni me entero de que me ponen la vacuna. "¿Ya está?", pregunto. Y salgo de la

sala de profes con la firme decisión de actuar. Ahora o nunca.

La puerta del despacho de la directora se encuentra entreabierta. Distingo las voces de la directora, de don Matías y también la voz entrecortada de Richi. Y lo que aprecio muy bien es el

colorido didyeridú que reposa sobre una pared del despacho. Entro y doy los buenos días, como si no supiera nada del desmayo de Richi. "Vengo a por el didyeridú, don Matías, para tocarlo después del recreo... ¡ah, hola Richi! ¿Qué ha pasado?

Richi ya no estaba blanco, un poco amarillo, quizá. Estará pensando que es su fin. La nueva, es decir, yo, lo había visto desmayarse, desvanecerse como a un guiñapo a sus pies, estaba perdido. Yo podía anunciarlo durante el recreo, quizá hacer un dibujo de la escena y entregarlo a todos cuando entraran a clase, podía hacer tantas cosas... La directora decide que subamos a clase. Don Matías se adelanta unos metros e indica a Richi que me ayude a transportar mi didyeridú australiano.

Caminamos sin hablar, sin atrevernos a mirarnos. Creo que él se siente desconcertado ante aquel extraño instrumento que jamás ha visto. Antes de entrar a clase, le echo una sonrisa como diciéndole "ha llegado tu hora, Richi". Esta vez no me enseña los dientes.

"Ahora, chicos, antes de salir al recreo, Anka nos enseñará un instrumento".

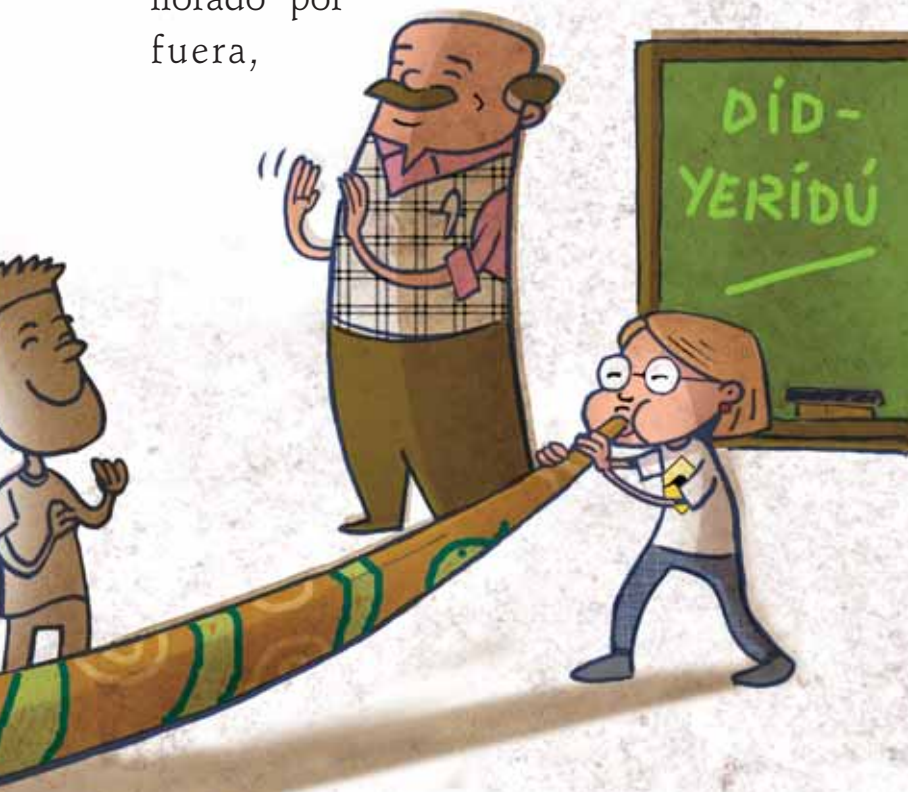
Les explico que el didyeridú es un instrumento de madera, que los aborígenes australianos dejaban una rama de eucalipto en el suelo para que las termitas devorasen la madera de su interior y así la dejaran hueca. Que era lo mismo que una flauta para nosotros. Y al final, antes de soplar la embocadura, hablo:

“dedico esta música a todos los que nos hemos vacunado y de forma muy especial a Richi, que ha esperado amablemente hasta el final para ayudarme a subir el didyeridú. Muchas gracias, Richi, todo un detalle”.

Y la clase se queda muda, mientras los ojos de Richi se abren enormemente y don Matías me echa una sonrisa de complicidad.

Soplo con todas mis fuerzas e interpreto mi tema preferido “La escaladora de ríos”, que

es lo que significa mi nombre, Anka. Al terminar, Richi comienza a aplaudir tímidamente. Le sigue toda la clase: los que todavía pensaban en la vacuna; los que se les inflamó el brazo, y a los que no; los que habían llorado por fuera,



los que habían llorado por dentro; los raritos de la clase y los que creen que no lo son; los valentones a los que les habían sudado las manos y dijeron que era agua; los que se empujaron en la fila para no pensar en la jeringuilla, los que al ver la bata blanca pensaron en mamá, los que pensaron en echar a correr...

Al regresar a mi sitio, pienso que no es tan malo tener una madre antropóloga, ni ir de ciudad en ciudad, ni tener una flauta australiana de dos metros... Pienso también en que me he ganado el puesto de portera de uno de los equipos. Richi estará enfrente, en la otra portería, pero no enfrentado. A Richi, como a mí, nos volverán a sudar las manos más de una vez.

Tres princesas reinventadas

Ester Lorente

Tres princesas reinventadas

Hace unos días tuve el placer de conocer a la mujer de Walt Disney que, recientemente, se acababa de divorciar. No soportaba el machismo de su marido, y me contó la verdadera historia de tres de los cuentos que éste nos había transmitido...

La bella durmiente abre los ojos

Aurora abre los ojos. Se encuentra a un príncipe un poco cursi, que le acaba de dar un beso en los labios.
He roto el hechizo, te he salvado, ahora serás mi esposa.

Perdona, pero ni siquiera me has dicho cómo te llamas. ¿Qué te crees? ¿Que llevo cien años durmiendo para al fin despertarme, casarme contigo, que me llenes de hijos y convertirme en tu sirvienta? ¿Felices para siempre no?

No, guapo, las cosas no son así. La felicidad no llega sola, por arte de magia, ni es lo mismo para ti que para mí. Primero tengo que descubrir qué es lo que yo deseo para ser feliz, y luego buscar mi camino para poder conseguirla, aunque me cueste esfuerzos e implique derrotas.

¿Pero no quieres venir conmigo a mi castillo, que te saque de la miseria, ocuparte solamente de las tareas domésticas, criar un par de niños...?

Déjame tu teléfono y no sé, ya te llamaré...

El príncipe la quiere llevar en su caballo a casa, pero ella decide ir paseando para así poder reflexionar por el camino. Y decide que quiere ir

a la Universidad, aprender, y en el futuro poder conseguir un trabajo bien remunerado. Quiere ser una mujer independiente, comprarse un piso, recuperar la relación con sus amigas tras todos estos años de sueño profundo y salir con ellas.

Después reflexiona acerca del amor. Sí, le gustaría encontrarlo, pero no se quiere conformar con el primer príncipe que venga. No necesita que tenga muchas tierras o posesiones, prefiere que sea una persona inteligente y de gran calidad humana, que la quiera y respete. Le gustaría poder tener conversaciones interesantes con él y que la hiciese reír.

Su familia estaba orgullosa de ella; era una chica fuerte, buena y con

mucha personalidad. Y la princesa fue feliz, pero no siempre, porque las cosas no son tan fáciles como en los cuentos de hadas. Y vivió buenas y malas rachas, rió, lloró, tuvo ilusiones, desengaños, alegrías...

La sirenita y su voz

Ariel había caído prendada de los encantos de Eric. Pero la cosa estaba complicada. A parte de porque era una sirena y él un humano, porque los últimos años se había abandonado bastante y no era el tipo de chica que le gusta-

ba al príncipe. Llevaba el pelo corto, no se arreglaba mucho y había engordado unos cuantos kilos. Su amiga Aurora, que salió con él un par de veces, se lo había advertido, dicién-dole

que era un tipo muy superficial, que en una mujer sólo buscaba belleza y sumisión.

Pero Ariel era bastante cabezona y quiso comprobarlo por sí misma. Así que fue a visitar a Úrsula, que le dijo que la única posibilidad de conquistar a Eric era con el silencio, estando calladita, y que por eso si ella le entregaba su voz se la cambiaría por un par de piernas. Se lo estuvo pensando unos días, sopesando pros y contras, pues ella era una chica muy dicharachera, le gustaba hablar y lo hacía muy bien; todos en el mar elogiaban su amena y divertida conversación.

Finalmente se arriesgó y dio el paso, así que fue a conocer a Eric. Sólo necesitó escucharle hablar diez

minutos para darse cuenta de que no podría salir con un hombre tan engreído, vacío e insensible.
Ariel ya había perdido la voz, así que se dedicó a escribir y escribir. Y resultó ser una de sus habilidades que desconocía y que se le daba muy bien. Ganó el premio Planeta y cosechó muchos éxitos. Ningún hombre consiguió satisfacer sus expectativas, así que decidió quedarse soltera. Y tan contenta.

Cenicienta tenía novio

Cenicienta y Blanca Nieves habían quedado para ir juntas a una fiesta. Se estaban arreglando cuando, de repente, apareció el Hada Madrina y obsequió a Cenicienta con un vestido lleno de tules y volantes, de color

rosa. Ella fingió alegría, abrazó al Hada, le dio las gracias y cuando ésta se marchó, decidió ponerse el pantalón y la camisa que se había comprado en Zara con su amiga.

Llegaron a la fiesta y el príncipe se acercó a ella, bailaron juntos un rato, rieron, charlaron con el resto de la gente... y cuando cerraron el bar, Cenicienta le dijo que se marchaba. El príncipe le preguntó que a dónde se iba tan pronto,

y ella le respondió que a su casa, con su novio. La trató de convencer de que con él iba a tener una vida mucho más cómoda, pero ella le argumentó que era muy feliz con su pareja, que compartían las tareas domésticas, tenía valores muy sólidos y le aportaba muchas cosas buenas. También le explicó que no consideraba que el tamaño de su pie fuese motivo suficiente para enamorarse de ella.

El príncipe se quedó charlando con Blanca Nieves, se dieron el teléfono y terminaron sintiendo algo especial el uno por el otro. Él aceptó que ella no supiese cocinar, que tuviese los pies grandes y que se llevase a los siete enanitos a vivir con ellos. Y a ella, como le quería, no le importó

que a los pocos años de estar juntos se le empezase a caer el pelo y le saliese barriga, dejando de ser su príncipe idílico.

Y conocer estas historias y
transmitírselas a los niños y niñas
de todo el mundo supuso
dar un nuevo paso para lograr
la igualdad de género.

Cuentos con el mismo papel

El espacio asideiqual 5

Anka y el Didyeridú 25

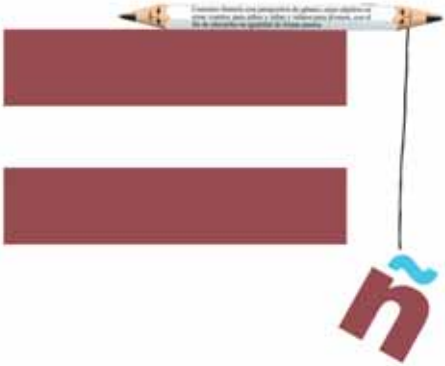
Tres princesas reinventadas 43

Los cuentos nos enseñan muchas cosas.Sus personajes nos trasladan a mundos diferentes y mágicos en los que el respeto a los demás y la tolerancia son valores fundamentales.
Esta publicación nos permite reflexionar sobre el valor de la igualdad entre las personas a través del mágico mundo de las palabras y de la complicidad entre la realidad y la fantasía.

-**El espacio asideigual** es obra de Azucena Escalona.
Te mostrará el mágico mundo del espacio, con soles, lunas y estrellas.

-**Anka y el didyeridú** es obra de Antonio de Benito.
Un cuento que cualquier día te puede ocurrir a ti.

-**Tres princesas reinventadas** es obra de Ester Lorente.
Tres cuentos clásicos que te sorprenderán.



Ayuntamiento de Logroño
Concejalía de Igualdad
Concejalía de Derechos Sociales